

En los años previos a la transición democrática mexicana, el desencanto fue uno de los motores que facilitó la alternancia en el poder; el descontento con el gobierno se canalizó hacia la búsqueda de un sistema político más democrático. Sin embargo, en años recientes, el desencanto con la política y los políticos se ha convertido cada vez más en un problema, pues no apunta a alguna solución o propuesta, por el contrario, se le ha relacionado con el abstencionismo electoral y parece estar minando la legitimidad del grupo en el poder y de la democracia como sistema político.

Los estudios que han intentado explicar el desencanto político en el México moderno casi siempre apuntan al desempeño del gobierno -principalmente económico- como causa del malestar, esto se corrobora parcialmente con el Latinobarómetro que muestra cómo las personas que tienen peor opinión de las instituciones políticas son también quienes ven peor la condición económica. Sin embargo, al trabajar a nivel agregado la hipótesis se refuta, pues los estados con mejor economía no confían más en las instituciones políticas y no parece haber una relación entre el desempeño económico del país y el desencanto político a través de los años. Para comprender mejor las causas del desencanto político, se hizo una serie de entrevistas comprensivas a profundidad en Puebla en el marco de la elección de gobernador 2016, ahí se indagó bajo qué criterios la gente juzga a los políticos.

Las entrevistas mostraron que los ciudadanos sí dicen tomar en cuenta el desempeño de los políticos como servidores públicos, pero también tienen importantes expectativas morales. Los informantes decían querer gobernadores “humanos” y “con valores”, igualmente, los ciudadanos dijeron despreciar la corrupción. Cuando se indagó sobre las razones por las que se deseaba un gobernante “humano” y honesto, los entrevistados reconocieron que no era porque dichas características afectaran el desempeño del servidor público en sus funciones administrativas, sino que buscaban virtudes morales porque veían a los gobernantes como líderes sociales y esperaban que fueran ejemplos para la sociedad.

Este hallazgo discute con posturas muy arraigadas en la ciencia política, pues los investigadores suelen pensar en los gobernantes como tomadores de decisiones, como meros funcionarios de quienes se espera eficiencia, por otro lado, la historia y la antropología muestran cómo el poder político casi siempre está vinculado con una fuerte carga simbólica o hasta religiosa, la figura del regente regularmente tiene sobre sí un halo de sacralidad. Las entrevistas muestran una ciudadanía que mira a sus políticos esperando un liderazgo y una guía moral, de ahí que temas como la “humanidad” o la corrupción sean importantes causas de desencanto, quizá tanto o más que los logros y tropiezos económicos. Se vislumbra incluso la posibilidad de que los argumentos sobre el desempeño del gobernante sean sólo una justificación de los sentimientos morales que los entrevistados mostraron con mucha emotividad, pero que no lograron explicar claramente ni justificar racionalmente.